

LAS DOS HERMANAS

En algunas familias el amor no se reparte: se concentra.

Y cuando eso ocurre, alguien aprende a vivir con demasiado
y alguien aprende a vivir con la ausencia.

Andrea nació una madrugada tranquila, envuelta en mantas blancas y promesas largamente aplazadas. Joaquín y Ana la miraron como si el mundo entero cupiera en aquel cuerpo diminuto. Era la hija menor, la frágil, la que llegó después de años de espera. Desde el primer día, el amor que la rodeó fue intenso, absoluto.

Tenía cinco años más. Ya sabía leer, escribir su nombre y recoger sola lo que rompía. Aquella noche nadie la alzó en brazos. Nadie notó que no habló. Aprendió entonces algo que no olvidaría jamás: el amor no siempre llega a quien más se esfuerza.

Con el tiempo, la diferencia se volvió costumbre. Andrea creció protegida por manos que la sostenían incluso cuando no caía. Cada rasguño era una alarma. Cada lágrima, una urgencia.

Alicia aprendió a levantarse sola. Sacaba buenas notas, cumplía las normas, no daba problemas.

—Eres muy independiente —le decía su madre.

Y Alicia entendía lo que no se decía: no te necesito.

El resentimiento no nació de golpe. Se formó despacio, como una grieta invisible. Alicia veía a Andrea recibir abrazos, regalos, atención. Y algo se cerraba un poco más dentro de ella.

Pero muchas noches deseó que no estuviera.

La noche del accidente llovía. Andrea tenía quince años y la certeza reciente de que ya era mayor para todo. El coche patinó. El golpe fue seco. El silencio, absoluto.

En el hospital, Andrea dejó de ser Andrea. Era un cuerpo inmóvil conectado a máquinas, un nombre repetido en voz baja. El coma llegó sin pedir permiso.

Joaquín y Ana se turnaban para rezar. Prometían cambiar. Prometían todo.

Alicia permanecía sentada frente a la cama, mirando el pecho de su hermana subir y bajar. Y sintió algo que la obligó a bajar la mirada: alivio. Por primera vez, sus padres la miraban. Por primera vez, la escuchaban.

Andrea, atrapada entre la vida y la muerte, también escuchaba.

Entendió que su presencia había sido una herida. Que el amor recibido había tenido un precio que nunca pagó ella. Que había ocupado, sin saberlo, un lugar que no debía ser solo suyo.

Una noche decidió dejar de luchar.

Entró en el sueño de Alicia como una brisa cansada. No hubo reproches.

—No voy a seguir —dijo—. Ya lo comprendí.

Alicia lloró dormida y despierta. Pronunció su nombre en voz alta por primera vez en años. Pidió perdón. El odio se desmoronó y dejó al descubierto lo que siempre había sido: celos, miedo, soledad.

A la mañana siguiente, Alicia habló. Les dijo a sus padres lo que nunca se había dicho. Que estaban perdiendo a dos hijas. Que el amor mal repartido también destruye. Joaquín y Ana escucharon, al fin.

Pero el tiempo no negocia.

Pasaron meses. Luego años.

Andrea despertó tres años después.

Despertó viva.

Sus piernas no respondían. Nunca volverían a hacerlo. La conciencia regresó, pero no el movimiento. Alicia, incapaz de sostener la culpa, tomó una decisión desesperada y se lanzó al vacío.

Sobrevivió.

El castigo fue quedarse.

Las dos hermanas se reencontraron iguales en la pérdida. No hubo reproches.

No hubo preguntas. Solo un silencio compartido que ya no dolía.

Andrea eligió vivir. Aprendió a moverse de otra forma, a no depender de la compasión. Estudió enfermería porque comprendió algo esencial: sanar no siempre significa curar.

Durante semanas apenas hablaron. Compartían la habitación en silencio, cada una encerrada en su culpa. Una tarde, Alicia empujó sin pensar la silla de Andrea hasta el pasillo. Andrea no protestó.

—¿Te duele? —preguntó Alicia, sin mirarla.

—A veces —respondió Andrea—. Pero ya no como antes.

Andrea cerró los ojos. Alicia dejó de empujar. La lluvia marcaba el tiempo contra el cristal, como si alguien contara los segundos por ellas.

Pero por primera vez, el amor estaba exactamente donde debía estar

Entonces llegó Antonio.

No la miró con pena. No la convirtió en símbolo. La miró como a una mujer. Se enamoró de su risa, de su firmeza, de su manera de estar en el mundo. Juntos construyeron un amor sin condiciones.

Se casaron. Andrea avanzó hacia el altar en silla de ruedas. Su padre la acompañó. Alicia fue su dama de honor.

No por obligación.

Por reconciliación.

La vida siguió. Llegaron los hijos. Risas, noches sin dormir, caídas, cumpleaños. Andrea fue madre sin permitir dudas. Antonio estuvo siempre. Alicia también.

Aquella noche, empujó la silla de Andrea hasta la ventana. Afuera llovía.

Andrea apoyó la cabeza en su hombro.

Fin